

Y aunque había apartado mi pene de ella para evitar que sintiera esos inevitables “meneos reflejos”, el resto de nuestros cuerpos continuaban igual de pegados y adaptados como si fuéramos una única figura de madera hecha con el mismo tronco de un árbol. Tan relajados, tan a gusto, dando rienda suelta a lo primero que se nos pasaba por la cabeza alternando frases sin parar:

—Di otro sitio.

—¿Del C.J.-P.R.P.I.?

—De donde quieras.

—No lo sé.

—Claro, con tanto donde elegir...

—Sí, no veas...

—O nos vamos de viaje.

—Ayyyy cállate —añadió Ana—. Yo voy a ser una amante barata.

—Por hacer un viaje... —respondí al escuchar lo de amante barata, que me hizo mucha gracia. Y continué hablando—: Di otro sitio. Oye, eso de mi nene malito lo voy a escribir en el libro.

—Jajja, te ha gustado ¿eh?

—Mucho —le confirmé—. Pero yo no soy capaz de decirte cosas así.

—Pues ¿sabes qué? —me dijo—. Que no quiero que te calles nada. Quiero que me digas tranquilicamente todo lo que se te pase por la cabeza, sea lo que sea.

—Si yo no quiero callarme —me expliqué apretándola un poco más con el brazo que pasaba por delante de ella y con la mano que tenía en su hombro, provocando así que aumentara la presión entre su espalda y mi pecho—. Pero es que me cuesta.

—Pues conmigo no te tiene que costar. Puedes decir cualquier cosa que quieras que yo no me voy a enfadar.

—Vale, entonces... ¿nos vamos de viaje?, jajaja —le dije hablando en broma—. ¿A qué ciudad quieres ir?

—Tesoro, si es contigo me da igual —me contestó.

¡Bien! Después del gatillazo de nuestro primer jueves Ana me había llamado “cosita”, y ahora me decía “tesoro”. Pasar de “cosita” a “tesoro” estaba bien. El asunto mejoraba. Me sentí más machote.

—¿Mar o montaña?

—Ya te lo he dicho, si es contigo me da igual —repitió.

—Vale —continué hablando yo sobre lo que en principio era una broma—. Pero luego no me echas la bronca ¿eh?

—Jajaja, noooo —me dijo—. Estoy más acostumbrada a recibir broncas que a echarlas yo.

—Hala, ¿Qué dices?

—Sí, de mi marido —contestó—. Me pone negra su mal genio. Me cabrea su mal humor. Me estresa.

Me quedé sorprendido. Sixto no me parecía una persona con tan mal genio, sino todo lo contrario. Más bien acostumbraba a bromear y se llevaba bien con todo el mundo. Sin embargo ahora su mujer, mi amante, me decía que no soportaba su mal genio. Aunque Ana ya me había comentado hacía días que le molestaban los celos injustificados y desproporcionados de su marido. Claro que si él hubiera sabido que en ese momento su mujer estaba en la cama desnuda y abrazada a mí quizás tendría justificación pero...